

Grandes esperanzas

Charles Dickens

Adaptación de José María Pérez Zúñiga

CUCAÑA

Ilustraciones de Iassen Ghiuselev



Edición no venal, 2012

ISBN: 978-84-682-0245-7

Nº. de Orden V.V.: EO19

© JOSÉ MARÍA PÉREZ ZÚÑIGA

Sobre la adaptación.

© IASSEN GHIUSELEV

Sobre las ilustraciones.

© EMILIO SALES

Sobre las actividades.

© REBECA MARTÍN

Sobre las notas.

© VICENS VIVES PRIMARIA, S.A.

Sobre la presente edición según el art. 8 del Real Decreto Legislativo 1/1996.

Obra protegida por el RDL 1/1996, de 12 de abril, por el que se aprueba el Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual y por la LEY 23/2006, de 7 de julio. Los infractores de los derechos reconocidos a favor del titular o beneficiarios del © podrán ser demandados de acuerdo con los artículos 138 a 141 de dicha Ley y podrán ser sancionados con las penas señaladas en los artículos 270, 271 y 272 del Código Penal. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, incluidos los sistemas electrónicos de almacenaje, de reproducción, así como el tratamiento informático. Reservado a favor del Editor el derecho de préstamo público, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso de este ejemplar.

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Editorial VICENS VIVES. Avda. de Sarriá, 130. E-08017 Barcelona.

Impreso por Gráficas INSTAR, S.A.

Charles Dickens

Grandes esperanzas

Adaptación

José María Pérez Zúñiga

Ilustraciones

lassen Ghiuselev

Actividades

Emilio Sales



Vicens Vives

Índice

Grandes esperanzas

Capítulo I	7
Capítulo II	12
Capítulo III	18
Capítulo IV	22
Capítulo V	28
Capítulo VI	32
Capítulo VII	37
Capítulo VIII	40
Capítulo XIX	44
Capítulo X	51
Capítulo XI	58
Capítulo XII	65
Capítulo XIII	72
Capítulo XIV	79
Capítulo XV	88

Capítulo XVI	95
Capítulo XVII	102
Capítulo XVIII	109
Capítulo XIX	116
Capítulo XX	123
Capítulo XXI	130
Capítulo XXII	137
Capítulo XXIII	144
Capítulo XXIV	148
Capítulo XXV	151
Capítulo XXVI	155
Capítulo XXVII	158
Capítulo XXVIII	165
Capítulo XXIX	172
Capítulo XXX	179
Capítulo XXXI	186
Capítulo XXXII	193
Actividades	198

Capítulo VII

Cuando llegué a casa, mi hermana me atosigó con todo tipo de preguntas sobre la mansión de la señorita Havisham. Y, como no le di todos los detalles que esperaba, descargó sobre mí una lluvia de golpes y manotazos. Yo estaba convencido de que si describía la casa Satis tal y como la habían visto mis ojos, nadie, y menos aún mi hermana, me habría comprendido. ¿Cómo podía explicar que en esa casa se había detenido el tiempo? ¿Y que su dueña se parecía al esqueleto de la cripta? Además, tenía la impresión de que habría sido una traición por mi parte describir a la señorita Havisham tal y como era. Lo peor de todo fue, sin embargo, la llegada del entrometido de Pumblechook.

—Bueno, muchacho, ¿y cómo es la señorita Havisham? —preguntó, señalándome con el dedo.

—Muy alta y morena —dije.

—¿Es así, tío? —preguntó la señora Joe.

El tío Pumblechook asintió guiñando un ojo, por lo que deduje que nunca había visto a la señorita Havisham.

—¿Y qué estaba haciendo cuando llegaste?

—Estaba sentada en un carruaje de terciopelo negro —dije.

El señor Pumblechook y mi hermana se miraron perplejos y preguntaron a la vez:

—¿En un carruaje de terciopelo negro?



—Sí —contesté—. Y la señorita Estella, que creo que es su sobrina, le sirvió una copa de vino por la ventanilla.

El señor Pumblechook y la señora Joe se miraron de nuevo, estupefactos. Yo estaba desesperado, como un testigo sometido a tortura, y me sentía capaz de decir cualquier cosa.

—¿Había alguien más? —preguntó el señor Pumblechook.

—Cuatro perros enormes —respondí—. Y se peleaban por unas chuletas de ternera que había en una bandeja de oro.

Aún seguían dándole vueltas al asunto cuando Joe llegó de la fragua para tomar una taza de té. Mi hermana le contó mis fantásticas experiencias, mientras él abría los ojos de par en par. Al verlo tan sorprendido, los remordimientos se apoderaron de mí y me sentí como un pequeño monstruo. Sin embargo, no me importaba mentir a mi hermana y al señor Pumblechook, que solo parecían interesados en los beneficios que me depararía mi relación con la señorita Havisham. No dudaban de que me compensaría por mis servicios; solo especulaban sobre cómo iba a hacerlo. Según mi hermana, me cedería alguna de sus propiedades, mientras que el señor Pumblechook confiaba en que me diera una buena suma de dinero. Joe irritó a ambos al sugerir que quizá solo me regalara alguno de sus cuatro perros.

—Mira que eres bobo... —le dijo mi hermana—. Si no se te ocurre nada mejor, más vale que te largues.

Joe abandonó la cocina y yo lo acompañé hasta la fragua.

—Me gustaría contarte algo, Joe —susurré.

—Dime, Pip.

—Joe —le dije, agarrándole la manga de la camisa—, has oído lo que he contado sobre la señorita Havisham, ¿verdad?

—¿Que si lo he oído? —exclamó Joe—. ¡Pues claro! ¡Es maravilloso!

—No, Joe, es terrible. Me lo he inventado todo.

—¿Todo? —dijo Joe lleno de asombro—. Pero el carruaje... —se interrumpió al verme negar con la cabeza—. Y los perros... al menos un cachorro...

—No, Joe —negué con amargura.

—Pero ¡eso es espantoso! ¿Por qué has mentido? —preguntó, mirándome con una profunda tristeza.

—No lo sé, Joe —respondí, sentándome junto a sus pies.

Y entonces le expliqué que en casa de la señorita Havisham había una jovencita muy guapa que se llamaba Estella y que me había dicho que yo era vulgar. Y que yo no había tenido valor para contarles la verdad a mi hermana y a Pumblechook, pues los dos me trataban muy mal. Y que, por eso, yo había dicho todas esas mentiras.

—De algo puedes estar seguro, Pip —dijo Joe, tras reflexionar un rato—, y es que las mentiras son mentiras. No mientas nunca más. Ese no es el camino para dejar de ser vulgar, hijo. Y, además, a mí no me pareces vulgar. En algunas cosas eres extraordinario, Pip. Eres extraordinariamente pequeño. Y extraordinariamente estudioso.

—No, Joe. Soy un ignorante y voy muy atrasado.

—¿Cómo? ¿Y la carta que me escribiste la otra noche?

—No he aprendido casi nada, Joe. Tú me quieres y por eso me valoras demasiado.

—Bueno, Pip —dijo Joe—, a mí me parece que hay que ser un estudiante ordinario antes de llegar a serlo extraordinario. Tienes que empezar por la A antes de llegar a la Z.

Había algo esperanzador en sus palabras, y me animé un poco.

—Escucha, Pip —prosiguió—, lo que te dice un amigo verdadero: si por el camino recto no llegas a ser un hombre extraordinario, tampoco lo conseguirás yendo por el camino torcido. Así que no digas mentiras, y vivirás bien y morirás feliz.

—¿Estás enfadado conmigo, Joe?

—No, hijo. Pero no vuelvas a mentir.

Mientras me metía en la cama, no dejé de dar vueltas a los consejos de Joe. Sin embargo, me di cuenta de lo vulgar que le parecería a Estella un simple herrero como él. Me dormí resuelto a convertirme en una persona distinguida y recordando lo que «yo hacía» en la casa Satis, como si hubiera estado allí mucho tiempo en lugar de unas pocas horas.



Al despertar, tuve una brillante idea: si quería llevar a cabo mi plan, debía estudiar con Bidly. Así que esa misma noche hablé con ella. Le dije que quería hacer algo de provecho en la vida y que le estaría muy agradecido si compartía conmigo sus conocimientos. Bidly, siempre tan amable, respondió que así lo haría, y comenzamos a trabajar inmediatamente. Recibí su respuesta con mucho alivio, pues, como se verá a continuación, el plan educativo de la tía abuela del señor Wopsle difícilmente podría haber hecho de mí un caballero.

Cada noche, sin excepción, los alumnos de la escuela se entretenían tirándose manzanas hasta que la tía abuela del señor Wopsle les atizaba con su vara de abedul. Luego, hacía circular un libro destrozado que en algún momento había contenido el alfabeto, los números y unos cuantos ejercicios. Después, nuestra maestra caía en un profundo sueño, cosa que los alumnos aprovechaban para estudiar el tema «zapatos» comprobando la dureza de los suyos en las piernas de los demás. Entonces, alarmada por el alboroto, aparecía Bidly, quien, tras poner orden en el aula, distribuía tres roñosas Biblias, con algunos ejemplares del mundo de los insectos aplastados entre sus páginas mal impresas. Al fin leíamos en voz alta los pasajes que Bidly nos indicaba, formando un coro espantoso. El estruendo solía despertar a la tía abuela del señor Wopsle, quien se abalanzaba sobre el primer chico que tuviera a mano para estirarle de las orejas.

Con esta señal dábamos por concluidas las clases y nos lanzábamos a la calle dando gritos de triunfo intelectual.

Esa noche, al salir de la escuela, pasé por la taberna para buscar a Joe. Los sábados por la noche le gustaba fumarse una pipa en «Los Tres Alegres Barqueros», pero a la señora Joe le enfurecía que volviera tarde a casa. Después de saludar al dueño, me dirigí a la sala principal, donde ardía un buen fuego. Allí, efectivamente, estaba Joe, acompañado por el señor Wopsle y por un desconocido que se giró para mirarme. Tenía la cabeza ladeada y un ojo medio cerrado, como si estuviera apuntando a un blanco con una escopeta invisible. Aunque un sombrero de ala ancha le ocultaba casi toda la cara, pude observar que hacía un gesto de asentimiento, como si me hubiera reconocido. Después miró a Joe y se frotó la pierna.

—¿Y dice usted que es herrero? —preguntó.

—Sí, eso he dicho —respondió Joe—. Y este caballero —explicó, señalando a Wopsle— es el sacristán de la iglesia.

—¡Vaya, vaya! —dijo el desconocido, apuntándolo con el ojo—. ¿La iglesia solitaria de los marjales,¹ esa que está rodeada de tumbas?

—Esa misma —dijo Joe.

—¿Todavía hay vagabundos y gitanos por allí?

—No —contestó Joe—, solo algún fugitivo de vez en cuando. Y no es fácil atraparlos, ¿verdad, señor Wopsle?

El señor Wopsle asintió, sin demasiado entusiasmo.

—¿Acaso han perseguido a alguno? —preguntó el hombre.

—Una vez acompañamos a los soldados en una batida² —respondió Joe—. No es que quisiéramos atrapar a nadie, nosotros solo fuimos como espectadores. ¿Te acuerdas, Pip?

Asentí, y el desconocido me miró con los ojos entornados.

1 **marjal**: terreno bajo y pantanoso, cercano a un río o al mar.

2 **batida**: exploración de un terreno en busca de personas o animales.

—¡Menudo saco de huesos! —exclamó—. ¿Cómo se llama?

—Pip —respondió Joe.

—¿Es su hijo?

—Pues... —dijo Joe lentamente, y no porque necesitara pensar la respuesta, sino porque era costumbre en la taberna tomarse tiempo para reflexionar sobre cualquier asunto—, no, no lo es.

—¿Su sobrino?

—Pues... —dijo Joe en el mismo tono—, tampoco.

—Entonces, ¿qué demonios es? —preguntó el desconocido con un interés que me pareció sospechoso.

El señor Wopsle tomó la palabra para explicar los lazos que me unían a Joe. Mientras tanto, el desconocido solo me miraba a mí, como si quisiera derribarme con su escopeta imaginaria. Y cuando le trajeron el ron que había pedido, disparó por fin un tiro certero. No dijo nada, simplemente representó una siniestra pantomima en mi honor. Mezcló el agua con el ron y removió la bebida, pero no empleó una cuchara, sino una lima. Lo hizo de manera que solo yo pudiera verlo, y después la limpió cuidadosamente y se la guardó en el bolsillo. Era la lima de Joe, no había ninguna duda, por lo que deduje que el hombre conocía al fugitivo a quien yo había ayudado. Me quedé mirándolo, como hechizado, pero él se reclinó en el asiento y cambió de conversación.

Al cabo de un rato, Joe se levantó y me cogió de la mano. Empezó a pronunciar algunas palabras de despedida, pero el desconocido lo interrumpió.

—Aguarde un segundo, señor Gargery —dijo—. Creo que tengo en el bolsillo un chelín nuevo y reluciente. Si lo encuentro, se lo daré al chico.

Sacó un puñado de monedas del bolsillo, eligió una y la envolvió en unos papeles arrugados. Entonces me la entregó.

—¡Es para ti! —dijo—. ¡Recuérdalo! ¡Es tuyo! ¡Solo tuyo!

Le di las gracias y, mirándolo con mayor fijeza de la que aconseja la buena educación, me aferré a la mano de Joe. El señor Wopsle salió con nosotros mientras el desconocido seguía observándome con su ojo de tirador.

Curiosamente, mi hermana estaba menos malhumorada que de costumbre y, animado por esta rara circunstancia, Joe le contó lo del chelín.

—Me apuesto lo que quieras a que es falso —dijo la señora Joe con desdén—. ³ Si no, no se lo hubiera dado al chico. ¡A ver!

Lo desenvolví y vimos que era un chelín auténtico.

—Pero ¿qué es esto? —dijo la señora Joe arrebatándome los papeles de la mano—. ¡Si son dos billetes de una libra!⁴

Tras oírla, Joe cogió los mugrientos billetes y se fue corriendo a la taberna para devolvérselos a su dueño. Pero poco después volvió diciendo que el desconocido había abandonado el pueblo. Entonces mi hermana envolvió los billetes en un trozo de papel y los metió en la tetera que había encima del aparador⁵ de la sala. Allí permanecieron como una pesadilla para mí, día tras día y noche tras noche.

Al acostarme, estaba desvelado. Me costó conciliar el sueño, nervioso por el modo en que me había apuntado el desconocido con su escopeta invisible, y mortificado⁶ por lo vulgar y ordinario que era tratar con presos y fugitivos, un detalle de mi pasado que había conseguido olvidar. Me dormí mientras pensaba en mi próxima visita a casa de la señorita Havisham. Sin embargo, soñé que la lima aparecía de pronto por la puerta y se abalanzaba sobre mí. Me desperté gritando.

3 **desdén**: desprecio.

4 Una **libra** equivalía a veinte chelines y era una cantidad muy importante en la época.

5 **aparador**: mueble en el que se guardan los cubiertos, la vajilla y los manteles.

6 **mortificado**: torturado, atormentado.

Capítulo VIII

Volví a la casa de la señorita Havisham el día acordado. Llamé tímidamente a la campanilla y Estella acudió a abrirme. Como la primera vez, me mandó entrar, cerró la verja y me condujo al oscuro pasillo donde estaba la vela. No me hizo el menor caso hasta que tuvo la vela en la mano, y entonces me dijo con soberbia:

—Hoy vendrás por aquí.

Me llevó hasta una lóbrega¹ habitación situada en la parte trasera de la planta baja.

—Pasa y no te muevas de allí hasta que te llamen —me ordenó, señalando una ventana.

En la habitación había tres señoras y un caballero que me miraron de arriba abajo, como si yo fuera un intruso. Cohibido,² atravesé la estancia hasta llegar al sitio que Estella me había indicado. La ventana daba a uno de los rincones más tristes del jardín, y me entretuve contemplando unos arbustos raquíticos y unos tallos de col medio podridos. Aunque no podía ver nada de lo que sucedía en el cuarto, intuí que las señoras y el caballero me miraban atentamente. Y, cuando reanudaron su conversación, me di cuenta de que eran unos farsantes y unos aduladores.

—¡Pobrecillo! —dijo una de las mujeres—. ¡Es tan raro!

—Sí, querida Camilla —asintió el caballero—. ¡Adónde iremos a parar!

1 lóbrega: oscura, sombría.

2 cohibido: avergonzado.

—Primo Raymond —observó otra—, debemos amar al prójimo.

—Sarah Pocket —replicó el caballero—, si uno no es su propio prójimo, ¿quién lo va a ser?

La señorita Pocket se rio y añadió en voz baja:

—¡Menuda ocurrencia! ¿Qué será lo próximo que se le pase por la cabeza?

Por suerte, el sonido de una campanilla distante les hizo enmudecer. Se abrió la puerta y oí a Estella que decía:

—¡Venga, chico!

Al darme la vuelta, sentí que los tres me miraban con un profundo desprecio, aunque apenas pude verles el rostro. Salí de la estancia y seguí a Estella por el pasillo, pero, de pronto, se giró bruscamente y me dijo, acercando su rostro al mío:

—¿No tienes nada que decirme?

—¿Cómo, señorita? —respondí, a punto de tropezar con ella.

—¿Soy bonita?

—Sí, me parece usted muy bonita.

—¿Soy insolente?

—No tanto como el otro día—contesté.

—Ah, ¿no tanto? —preguntó, enfurecida, y me abofeteó el rostro con todas sus fuerzas—. ¿Y ahora? ¿Qué piensas de mí ahora, pequeño monstruo?

—No voy a decir nada.

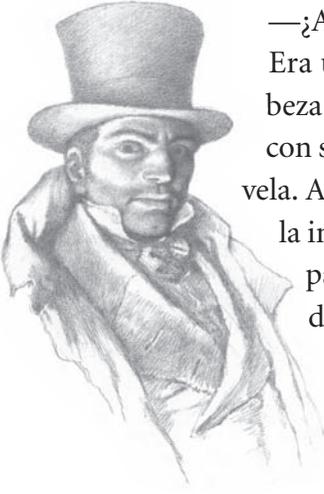
—Ah, porque solo hablarás arriba, ¿verdad?

—No —dije—, no es eso.

—¿Por qué no lloras ahora, mocoso?

—Porque no volveré a derramar una lágrima por usted.

Era la declaración más falsa que yo había hecho nunca, porque, en mi interior, ya estaba llorando por ella. Estella se giró, comenzó a andar y yo la seguí en silencio. Al llegar a la escalera, nos encontramos con un caballero que bajaba a tientas.



—¿A quién tenemos aquí? —preguntó.

Era un hombre corpulento, muy moreno, con la cabeza y las manos descomunales. Me cogió la barbilla con su enorme mano, para verme la cara a la luz de la vela. Aunque por aquel entonces yo no podía adivinar la importancia que aquel hombre acabaría teniendo para mí, me llamaron la atención sus ojos hundidos, penetrantes y recelosos,³ y sus cejas espesas y encrespadas.

—Compórtate, muchacho —dijo—. Conozco bien a los de tu calaña.⁴

Luego me soltó y continuó bajando las escaleras. En apenas unos instantes, Estella y yo nos plantamos en la habitación de la señorita Havisham.

—De manera que ya han pasado los seis días, ¿eh? —dijo ella nada más verme—. Muy bien, ¿estás listo para jugar?

—Me parece que no, señorita —contesté, algo confuso.

—Bueno, ya que esta casa te quita las ganas de jugar —dijo ella con impaciencia—, ¿al menos estás dispuesto a trabajar un poco?

—Eso sí, señorita —respondí.

—Pues vete a la sala de enfrente —dijo, señalando con su mano arrugada la puerta que había a mi espalda— y espérame allí.

Salí de la habitación, crucé el rellano de la escalera y abrí la puerta que me había indicado. Todavía hoy siento escalofríos al recordar aquella estancia. La atmósfera era opresiva y nauseabunda,⁵ y tampoco en ella entraba ni un rayo de luz solar. Unos candelabros colocados en la repisa de la chimenea iluminaban débilmente la sala, por lo que pude ver que se trataba de una estancia espaciosa, que en

3 recelosos: desconfiados.

4 calaña: gentuza, gente despreciable o de mala condición.

5 nauseabunda: asquerosa, repugnante.

su tiempo debió de ser espléndida y ahora estaba llena de moho y polvo. El mueble más notable era una gran mesa dispuesta para un banquete que, sin duda, nunca había llegado a celebrarse. En medio de la mesa había un bulto amarillento cubierto de telarañas y, al mirarlo con más atención, vi que del centro, semejante a un hongo negro y putrefacto, salían y entraban unas arañas de patas moteadas. Oí a los ratones corretear nerviosamente por el suelo y observé que unas cuantas cucarachas se paseaban solemnemente alrededor de la chimenea.

Yo contemplaba, fascinado, a las cucarachas, cuando la señorita Havisham entró y me puso una mano en el hombro. Con la otra se apoyaba en un bastón que le daba una apariencia de bruja.

—¿Qué crees que es eso? —me preguntó, señalando el bulto con su bastón—. Eso, donde están las telarañas.

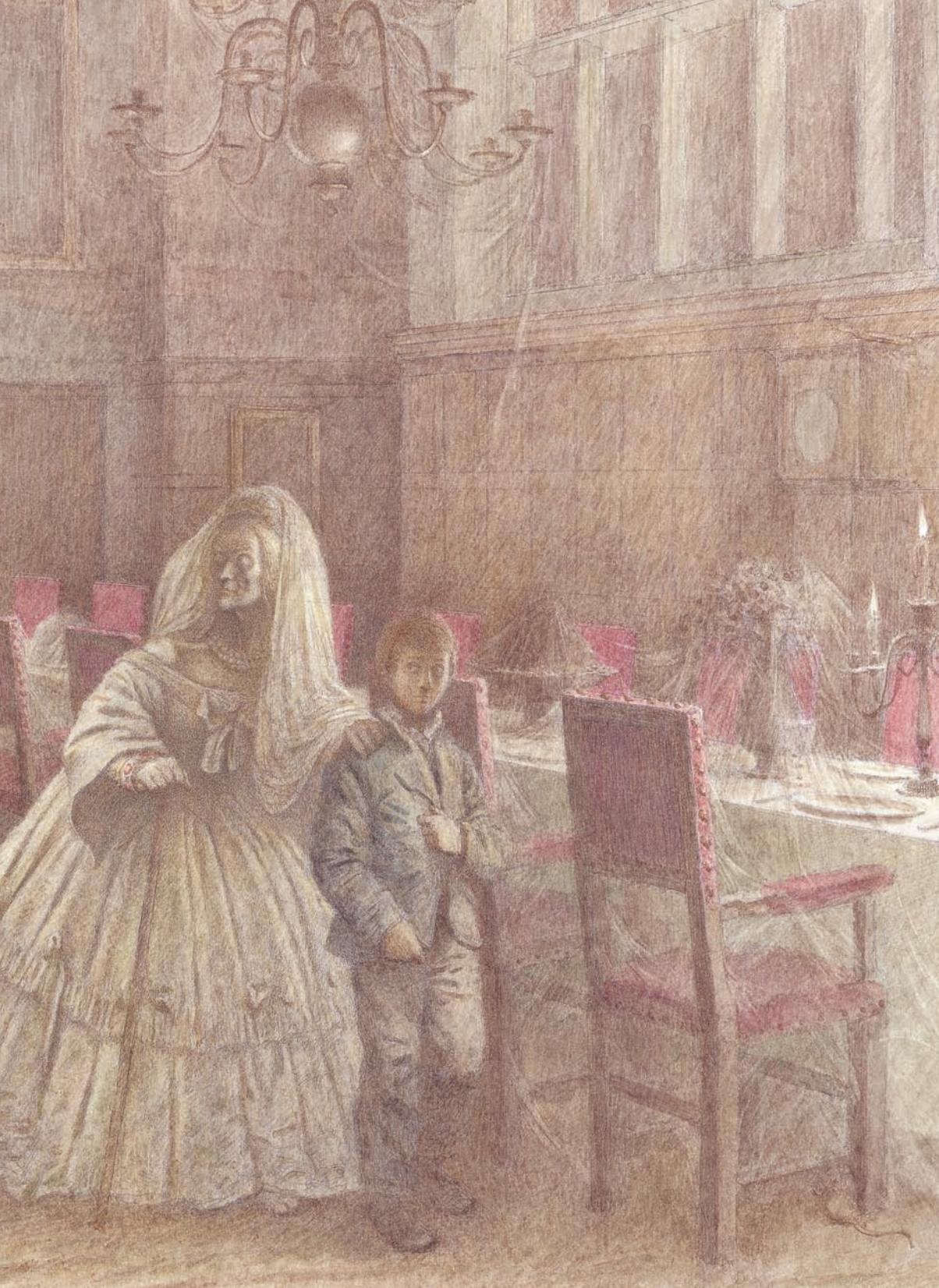
—No lo sé, señorita.

—Es un gran pastel. Un pastel de bodas, ¡de mi boda! Él me abandonó el mismo día en que íbamos a casarnos —paseó la mirada perdida por la sala y añadió, mientras me apretaba el hombro—: ¡Venga, venga! ¡Paséame, paséame!

Deduje que mi trabajo consistía en pasear a la señorita Havisham de un lado a otro de la habitación, de modo que comenzamos a andar muy despacio. Ella, sin embargo, parecía impaciente, pues sus dedos se clavaban en mi hombro y sus labios se movían de manera espasmódica.⁶ Al cabo de un rato, me pidió que llamara a Estella, así que salí al rellano y grité su nombre. Cuando divisé, a lo lejos, la luz de la vela, volví junto a la señorita Havisham y reanudamos nuestro estrafalario paseo. Me inquietaba que Estella presenciara un espectáculo tan grotesco; pero como además traje consigo a las tres señoras y al caballero, deseé que se me tragara la tierra.

⁶ de manera espasmódica: como si tuviera espasmos o calambres musculares.





—¡Querida señorita Havisham! —dijo una de las señoras, una viejecita seca y arrugada cuyo rostro parecía una cáscara de nuez—. ¡Qué buen aspecto tiene usted!

—No es verdad, Sarah Pocket —respondió ella—. Me he quedado en los huesos.

—¡Pobrecita! ¿Cómo va a comer, con lo mucho que sufre? —dijo otra—. Si supiera las noches que he pasado en vela⁷ pensando en usted....

—Pues no piense tanto en mí, Camilla —gruñó la anfitriona.

—¡Qué fácil es decirlo! —se lamentó Camilla—. Ya sé que es una debilidad preocuparse tanto por los seres queridos, pero no puedo evitarlo. ¡Solo Raymond y Georgiana —sollozó, señalando al caballero y a la otra mujer— saben lo mucho que sufro!

Y rompió a llorar, mientras la señorita Havisham y yo seguíamos dando vueltas a la sala. Sin embargo, como Camilla no paraba de llorar, la señorita Havisham se detuvo y la miró fijamente.

—¡Basta! ¡Márchense! —dijo con acritud—. ⁸ Ya vendrán a verme cuando yazca en esta mesa. ¡Este será su lugar! —gritó, golpeando una silla con el bastón—. ¡Y este otro el de su marido! ¡Y este el de Sara Pocket! ¡Y aquel el de Georgiana! ¡Ahora ya saben dónde deberán colocarse para contemplar mi cadáver!

Al oírla, Camilla se llevó la mano al pecho, como si fuera a desmayarse, y, acompañada por Raymond, abandonó la sala. Sarah Pocket y Georgiana se resistían a abandonar la sala. Según deduje, su intención era congraciarse⁹ con la señorita Havisham. La arrugada viejecita, sin duda la más astuta de las dos, revoloteó alrededor de su rival con tanta habilidad, que Georgiana se vio obligada a

7 en vela: sin dormir.

8 acritud: aspereza.

9 congraciarse: ganarse el favor, la simpatía o el afecto de alguien.

salir primero. La vencedora aprovechó la ocasión para despedirse calurosamente:

—¡Dios la bendiga, mi querida señorita Havisham! —y sonrió como si se avergonzara de la estupidez de los demás.

Mientras Estella acompañaba a los visitantes, la señorita Havisham se quedó mirando el fuego un buen rato.

—Hoy es mi cumpleaños, Pip —dijo de repente.

Yo balbuceé unas palabras de felicitación, pero ella me hizo callar con un movimiento brusco de su bastón.

—No soporto que me lo recuerden, pero ya has visto que mis parientes se empeñan en venir a felicitarme. Mucho antes de que tú nacieras, este mismo día del año, colocaron aquí ese pastel —dijo, señalando con el bastón el bulto cubierto de telarañas—. Ambos nos hemos consumido a la vez. Los ratones lo han roído, y dientes más afilados que los de los ratones me han roído a mí.

Contempló la mesa como si su cadáver yaciera allí. Estella, que había vuelto, la miró, imperturbable.

—Cuando la ruina de esta casa sea completa —profirió, con una mirada espeluznante—,¹⁰ me tenderán, vestida de novia, sobre esta mesa. ¡Ojalá sea un día como este! ¡Y ojalá caiga sobre *él* la maldición final!

Me asaltó la impresión de que, si Estella y yo nos quedábamos mucho más tiempo en la sala, empezaríamos a marchitarnos de un momento a otro. Pero al fin la señorita Havisham, saliendo de su ensimismamiento, pidió a Estella que me acompañara al jardín y me diera de comer. Salimos al jardín y, como la otra vez, Estella me dio un plato de carne y un vaso de cerveza, y me dejó solo.

Después de comer, recorrí el jardín hasta llegar al lúgubre rincón que había visto antes, desde la ventana. Como tenía la inquietante

10 espeluznante: terrorífica, escalofriante.

sensación de que me observaban, levanté los ojos. En una de las ventanas había un muchacho, pálido y rubio, que me miraba con los ojos enrojecidos. El pálido jovencito desapareció rápidamente y, al cabo de un rato, vi que se me acercaba por el jardín. Sin duda, debía de tratarse de un pariente de la señorita Havisham que también estaba de visita en la casa.

—Hola, chico —saludó—. ¿Quién te ha dejado entrar aquí?

—La señorita Estella —respondí, algo perplejo.

—Vamos a pelearnos —dijo, y comenzó a andar.

¿Qué podía hacer sino seguirlo? Su actitud era tan decidida, que fui tras él como si me hubiera embrujado.

—Espera un momento —ordenó, volviéndose de pronto—. Al menos tendré que darte un motivo para pelear. ¡Toma!

Me tiró del pelo, se echó hacia atrás, agachó la cabeza y me asestó un cabezazo en el estómago. Tras reponerme, le respondí con un puñetazo, y ya iba a darle otro cuando exclamó:

—¡Ah, conque esas tenemos! —y empezó a dar saltitos como un boxeador—. ¡Las reglas del juego!

Se fue corriendo y volvió al momento con una botella de agua y una esponja que apestaba a vinagre.

—Es para los dos —dijo, dejándolo todo junto al muro.

Se quitó la chaqueta, el chaleco y la camisa. Aunque su aspecto no era muy saludable —su cara estaba cubierta de granos y espinitas—, esos preparativos me asustaron. El joven tenía más o menos mi edad, pero era alto y se movía con soltura. Además, estudiaba mi anatomía como si estuviera escogiendo cuidadosamente el hueso que me iba a romper. Por eso, me llevé una enorme sorpresa cuando lo golpeé y se desplomó, sangrando por la nariz. Pero se puso de pie en el acto y, después de limpiarse con la esponja, volvió a ponerse en guardia. Su valor me inspiraba respeto. Parecía muy enclenque y no acertó a golpearme ni una sola vez, pero cada vez que yo le ases-

taba un puñetazo se levantaba inmediatamente y se limpiaba con la esponja o bebía agua de la botella. Solo dio la pelea por concluida cuando se golpeó la cabeza contra el muro. Entonces se acercó gateando a la esponja, la tiró al aire y jadeó:

—Esto significa que has ganado.

Parecía tan ingenuo y valiente que le pregunté si podía ayudarlo. Me contestó que no, y nos despedimos educadamente.

Estella me aguardaba en el patio, con las llaves. Pero no me preguntó dónde había estado ni por qué la había hecho esperar. Me miró sonriendo, con el rostro encendido, y, en vez de dirigirse a la verja, volvió a la entrada de la casa y me llamó:

—¡Ven aquí! Si quieres puedes darme un beso.

La besé en la mejilla. Por desgracia, me di cuenta de que, para ella, ese beso no tenía ningún valor.

Entre las visitas de cumpleaños y la pelea, mi estancia en la casa Satis se había prolongado tanto que comenzaba a oscurecer. Cuando llegué a casa, el sol se escondía, rojo como la sangre, entre los marjales, y la fragua de Joe trazaba un camino de fuego a lo largo de la calle.

Grandes esperanzas

Una fría tarde de invierno, mientras visita las tumbas de sus padres en el cementerio, el pequeño Pip se lleva una sorpresa muy desagradable. Un preso se ha escapado de una cárcel cercana y Pip se ve obligado a ayudarlo. A partir de ese momento, el niño se siente embargado por un sentimiento de culpa que ya nunca lo abandonará. Poco después, la señorita Havisham, una mujer rica y estafalaria que vive encerrada en una decadente mansión, llama a Pip para que sea el compañero de juegos de su hija adoptiva, la fría y hermosa Estella. A pesar del desprecio con que lo trata Estella, Pip cae rendidamente enamorado de ella y se propone convertirse en un caballero digno de la joven. Cuando, al cabo de unos años, un misterioso benefactor le hace depositario de una cuantiosa fortuna, Pip piensa que sus sueños se han hecho realidad. En esta obra maestra, Dickens nos ofrece una maravillosa historia sobre el fin de la inocencia y las esperanzas perdidas, sobre la perversidad y lo engañoso de las apariencias; pero también nos demuestra que la bondad se esconde allí donde menos lo esperamos y nos alecciona sobre la necesidad de reconciliarnos con el pasado.

La presente adaptación de *Grandes esperanzas* (1861) reproduce a la perfección el aire de suspense que caracteriza el original, así como sus espléndidas escenas góticas y humorísticas. El texto ha sido magníficamente ilustrado por el artista lassen Ghiuselev y cuenta con un apéndice de actividades que contribuyen a desentrañar los valores literarios y morales de la obra.